

LAS MANITAS DEL INFIERNO

La fotografía es a veces uno de nuestros modos de luchar contra el olvido, pero al cabo del tiempo se convierte en material propicio para evidenciar de qué modo somos olvidados sin remedio. Una de las experiencias más tristes para mí ha sido descubrir entre las fotos familiares rostros no muy antiguos a los que nadie conseguía reconocer. Y otras veces he recuperado en las almonedas bustos o fotos de seres desconocidos a los que he acogido como propios y he dado nombres. También he conocido retratos en las paredes de familias sin retratos de sus ancestros que han tratado de remediar la carencia y han construido falsas prosapias adoptando a innominado próceres, provenientes de una chamarilería, como abuelos propios. Alguien puede llegar a la conclusión de que lo mejor es no dejar a la descendencia materiales fotográficos con los que puedan llegar a perpetrar vejaciones de esta índole que en el mejor de los casos puede acabar con nuestra imagen en casa indeseable. Pero es nuestra obligación contribuir a la memoria de los que vienen detrás y la fotografía es un baúl privilegiado para nuestra memoria familiar y colectiva. Por eso, hurgamos a veces en los vestigios de la memoria y se nos devuelven ámbitos y luces en los objetos que dan lugar a nuevas fotografías y, en consecuencia, a nuevas lecturas de la memoria. Esa ha sido la concreta experiencia de un gran fotógrafo, de modesto empeño, que se llama Julián Negredo.

El día en que Julián Negredo viajó a Cracovia para visitar a unos parientes estaba lejos de imaginar que lo invitaran a ver el museo de los horrores de Auschwitz. Y tal vez no pensó en el impacto emocional que le podía producir su contemplación, por mucho que hubiera leído o le fuera contado. Pero tampoco imaginó que, después de proyectar su mirada personal sobre aquellos vestigios de la tragedia, con la correspondiente reflexión sobre la condición humana, una vez recogidas en su cámara distintas visiones del ámbito de la barbarie, se incrementara quizá su emoción, volviera a ver despacio lo que vio en directo y pudiera comprobar así lo que es la memoria de las cosas, lo que es la fotografía como ejercicio de memoria, o lo que es el arte, en este caso el suyo, como constructor de la memoria que nos afirma. Su confianza en el arte de la fotografía, su apuesta por ella en un tiempo en el que forma parte con todo derecho de la mejor expresión plástica, y es así reconocida, fue anterior a su experiencia de Auschwitz, pero la voluntad de compromiso con la vida de este artista no se acaba en su concepción estética, aunque haga ensayos creativos que certifiquen su voluntad creadora, sino que lo lleva a ver el mundo en su tragedia o en su celebración con la mirada del artista que no es un ciudadano indiferente. La fotografía no es sólo un arte contemporáneo, sino un arte que explica nuestro tiempo y el paso del tiempo como casi ningún otro. Eso lo sabe Julián Negredo, pero tengo la impresión de que tampoco se deja llevar por eso y apresa el instante. Otra cosa es lo que el instante añade a la fotografía. Y es ahí donde el artista se prolonga en el tiempo y su obra también.

A Sergio Pérez Sanz le entregaron un día el Premio Ortega y Gasset por una foto de tres hombres que gestaron o impulsaron una masacre de imprevisibles consecuencias en Irak. La foto se obtuvo en las Azores y la serena complacencia de sus protagonistas permite percibir en ellos el sosiego de quienes se saben ganadores en su osadía. Pero a la instantánea fija, al gráfico inmutable que una foto es como la consecuencia de un instante, el paso del tiempo añade, como ya he dicho, esa posibilidad de nuevas contemplaciones que se auguran en las fotos de Negredo. Se debe a los añadidos que la mirada impone, enriquecida con la información de todo lo que ha pasado después. Eso, justamente,